

Carreras de obstáculos: las mujeres en ciencia y tecnología

La Habana 2008

**Diana Maffía - RAGCyT, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género
Universidad de Buenos Aires**

Desde hace muchos años, con la Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología (RAGCyT) hacemos un seguimiento de la situación diferencial de mujeres y varones en el sector de ciencia y tecnología. Las barreras que obstaculizan el progreso de las mujeres pueden, en muchos casos, ser evaluadas con estudios cuantitativos. Logramos entonces advertir, con indicadores pensados para ser sensibles a este diagnóstico, las condiciones especialmente difíciles que atraviesan las mujeres al ingresar, al ser evaluadas, cuando eligen una directora mujer, o en relación a su estado civil. Pero es necesario iniciar estudios cualitativos para advertir la percepción que las propias mujeres tienen de estos obstáculos, que rara vez atribuyen a su condición de género. Esta falta de sensibilidad al sesgo de género impide la gestión colectiva de demandas de acción afirmativa para subsanar esa brecha. A veces, en el curso de las mismas entrevistas, comienzan a dar sentido a su biografía laboral y es muy interesante conocer su mensaje a las jóvenes que eligen la carrera científica como proyecto de vida. Para estas reflexiones se utilizaron entrevistas realizadas por cursantes de seminarios de postgrado sobre epistemología feminista, bajo mi dirección, que pudieron así tener la experiencia de encarnar en historias personales de mujeres científicas las críticas abstractas formuladas desde la filosofía. Es necesario aclarar que corresponden a mujeres de provincias del interior del país, y no de la ciudad de Buenos Aires.

Agradecimientos

Quiero ante todo destacar el valor de estar hoy juntas discutiendo cuestiones de género, ciencia y tecnología; porque es la muestra de la fecundidad de la iniciativa de Eulalia Pérez Sedeño que en 1996 realizó la primera convocatoria en Madrid, que se viene realizando regularmente cada dos años en España y en América Latina alternativamente. Hoy constituimos ya una comunidad académica que progresivamente reforzó nuestra autoridad epistémica, al poder comparar nuestras percepciones y ponerlas bajo análisis rigurosos. Gracias a Eulalia, entonces, por esa iniciativa. Celebro también que estemos juntas en La Habana, porque esta decisión se tomó en solidaridad con las difíciles circunstancias de Cuba, y eso muestra que nuestro compromiso trasciende la situación de las mujeres en la ciencia para pensar sociedades más justas para todas las personas. Es un modo del compromiso epistémico que tiene connotaciones éticas muy fuertes, y para ponerlo en práctica fue necesario el explícito apoyo de las compañeras de Paraná, en Brasil, que se habían presentado como sede alternativa; y también de Consuelo Miqueo que fue la responsable del último congreso en Zaragoza. Gracias Consuelo y Marília por ese respaldo. Y por supuesto, a Lilliam Álvarez y Lourdes Fernández Rius, agradecerles el enorme trabajo que significó darnos esta bienvenida y ofrecernos esta hospitalidad maravillosa que es rasgo de identidad del pueblo cubano. Mil gracias Lilliam y Lourdes. En las ideas que siguen, reconozco diálogos personales y de lectura con algunas colegas presentes en este Congreso, como Eulalia Pérez Sedeño y Fátima Arranz Lozano (de España) Mabel Burin y mis

compañeras Ana Franchi y Silvia Kochen (de Argentina), Lourdes Fernández (de Cuba) Mariflor Aguilar (de México), por lo que me permitiré ser breve y dejar algunos hilos sueltos que iremos anudando seguramente en sus propias ponencias. Será entonces un ejemplo del tapiz de voces plurales que el feminismo iberoamericano va construyendo, y del que a mí hoy me toca comenzar a tender una provisoria urdimbre.

De la comprobación cuantitativa a la comprensión cualitativa

Son numerosos los trabajos que en los últimos quince años revisan la situación de las mujeres en el sistema científico tecnológico, y también realizan estudios comparativos señalando sobre todo el paralelo significativo entre Estados Unidos y Europa (1). En lo que hace a participación de las mujeres en las instituciones académicas, la situación se repite en América Latina (2) y en particular en Argentina. En nuestro país, la existencia desde 1994 de la Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología (RAGCyT) (3) inauguró un seguimiento de la evolución de las mujeres en el sector de ciencia y tecnología, en las universidades y en los organismos de investigación, que reitera la estructura de avance progresivo y general a través de los años en el porcentaje matriculación universitaria y de participación de mujeres en el sector de ciencia y tecnología, pero advierte la alta estratificación y ausencia no sólo de los lugares de mayor nivel y prestigio, sino de los puestos de decisión y de evaluación por pares (4).

Asimismo, se comprobó el reforzamiento del aspecto androcéntrico del sistema mediante la preferencia dada a directores varones en la presentación de becarias y becarios del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (5), lo que refuerza el poder simbólico masculino a la vez que alimenta el argumento meritocrático, que sugiere que las reglas son indiferentes al sexo (entre otros sesgos), y con el que se encubren de retórica neutral las previas preferencias ideológicas. Como bien lo expresó recientemente Miguel Ángel Quintanilla (6), esa visión tiende a presentar la demanda de igualdad de oportunidades de las mujeres como si se hiciera a expensas de la calidad de la ciencia.

Las comprobaciones empíricas son ya suficientemente significativas, y nos enfrentan al desafío de desentrañar los mecanismos de dominación que posibilitan la perpetuación de estas inequidades, la escasa o nula reacción por parte de las perjudicadas que tienden a considerar los obstáculos de sus carreras como si no fueran indicadores de discriminación, así como la poca repercusión de estos datos en el debate académico fuera de los estudios feministas. Fátima Arranz Lozano (7) se apoya en el concepto de “violencia simbólica” de Pierre Bourdieu, y en un excelente trabajo indaga en sus propias observaciones cualitativas, para tratar de comprender la siempre descorazonadora aceptación por parte de las propias académicas e investigadoras, de los argumentos que las mantienen en una situación de segregación. Pese a la participación creciente de mujeres en la ciencia desde inicios del siglo XX (8), se perpetúan sistemas de exclusión que las empujan a la base de la pirámide profesional, no permitiéndoles superar por décadas el 10% en los primeros lugares académicos. Las jóvenes que inician su carrera no ignoran esto; por el contrario, tienen cabal conocimiento de las pocas posibilidades de progreso que les reserva el sistema científico a las mujeres, desde su condición de estudiantes. Esto debería ser motivo de una rebelión temprana, o al menos generar una sonora protesta. Pero la razonabilidad objetiva de la exclusión es parte del entrenamiento que las científicas y científicos reciben por igual, por eso al analizar los obstáculos en sus carreras las becarias jóvenes los justifican con las mismas razones que se estilan para descalificarlas como candidatas. Y refuerzan así la fingida neutralidad de

los comités de evaluación. Las sobrevivientes del sistema, por su parte, aquellas que finalmente alcanzan los preciados primeros lugares, los casi únicos modelos de identificación disponibles, enuncian el mito y afianzan la ilusión de que “con esfuerzo suficiente cualquier mujer puede llegar”. Es importante desentrañar a través de las entrevistas, qué quiere decir “esfuerzo suficiente” en términos biográficos, y cuáles son las diferencias de la conjugación reflexiva de “esforzarse” en masculino y en femenino.

Los nudos de la maternidad

La maternidad es de muchas maneras un nudo de conflictos para las mujeres científicas. Uno obvio es el conflicto entre roles familiares y profesionales, que se resuelve de muchas maneras: retrasando la maternidad (esto lo refieren muchas becarias jóvenes), abandonando la carrera científica (cuando les preguntamos a las científicas por otras colegas, suelen relatar siempre casos de este tipo), haciendo equilibrios heroicos a costa del tiempo personal, decidiéndose por ejercicios profesionales más modestos y manejables como la docencia, o sencillamente no teniendo hijos. En mi caso personal, la forma de equilibrar la carrera académica y la vida familiar fue hacer mal las dos cosas.

Muchas de las mujeres entrevistadas narran estas deliberaciones explícitas en sus vidas, lo que muestra que tengan hijos o no, la maternidad siempre se trata de un problema a pensar. Esta deliberación está ausente del relato de los varones. Incluso una testimoniante relata haber decidido no tener hijos, y haber abortado un embarazo para no perder su autonomía y disponibilidad para el trabajo. Esto no sería problema si no fuera porque en Argentina esa práctica, a pesar de las luchas feministas, todavía está criminalizada. En la investigación emprendida por la RAGCyT notamos que las pioneras en las ciencias y en la vida académica, en su casi totalidad, habían permanecido solteras o se habían casado siendo ya mayores con colegas, y no tenían hijos. Esto no ocurría con la mayoría de sus colegas varones, que en un 75 % eran casados y podían coordinar perfectamente su vida familiar y profesional.

Desde mi punto de vista, para que las mujeres tuvieran la misma oportunidad de coordinación entre su vida laboral y su vida privada, deberían tener “esposas” y no “esposos”. Es decir, deberían contar con la complicidad de un sistema patriarcal que naturaliza el hecho de que un científico viene implícitamente equipado con una mujer que lo cuida amorosamente a él y a sus hijos, que hace el “trabajo emocional”, y asegura la reproducción biológica y de la fuerza de trabajo. Y que hace todo esto por amor y no por un salario. Eso, por cierto, no nos ocurre en general a las mujeres (9). Pero además, esta imposibilidad de equilibrio nos genera una terrible ambivalencia, ya que como mujeres llevamos el mandato de una maternidad tradicional de tiempo completo, y como científicas el de una profesional entregada a la investigación también en tiempo completo. Una destacada astrónoma describía así esta doble exigencia: “Nunca logré que en mi casa no se notara que trabajo, y en el trabajo no se notara que tengo hijos”(10). No sé cuánto incidió esta pregunta en su vocación: ella es astrofísica, experta en agujeros negros.

Hay un enorme impacto sobre la subjetividad de las mujeres en este doble mandato, que va más allá de que ninguna de nosotras dispone de dos tiempos completos. Tengo la convicción de que en la ciencia y la academia, como en otras profesiones, lo que verdaderamente agota a las mujeres no es la doble o triple jornada, sino el requerimiento de capacidades contradictorias en los roles que debemos asumir. Desde la infancia somos socializadas en actitudes de cooperación, intimidad y emocionalidad, para luego descubrir que el mundo público ha tornado “objetivas” y necesarias como perfil profesional las condiciones de la subjetividad masculina, que

asegura así que ellos atraviesen sin tropiezos el camino al desarrollo de las metas fijadas como logro por el mismo sistema.

Mabel Burin (11) define algunos de estos conflictos con las metáforas del “techo de cristal” y el “piso pegajoso”. El “techo de cristal” representa una superficie superior invisible en la carrera laboral de las mujeres. Imperceptible pero imposible de atravesar, que nos permite ver los escalones superiores de una carrera pero nos impide seguir avanzando. Es invisible porque no existen leyes ni dispositivos sociales establecidos, ni códigos manifiestos que impongan a las mujeres semejante limitación, sino que está construido por barreras implícitas, informales y difíciles de detectar. El “piso pegajoso” es la inercia que mantiene a tantas mujeres inmovilizadas en su puesto, atrapadas en la base de la pirámide económica, sin fuerzas para enfrentar el conflicto que significaría enfrentarse con lo nuevo y desafiar el sistema.

En esta trampa del doble código entre maternidad y ciencia, atravesamos la esquizofrenizante experiencia de modificar cotidianamente nuestro sistema cognitivo y perceptivo al cruzar la puerta de calle, para colgar en el perchero el cuidado amoroso y adquirir la neutralidad, objetividad y racionalidad que nos han prestado las universidades como la manera “correcta” de percibir el mundo y dominarlo.

Otras barreras

Una vez que las mujeres se han integrado a los ambientes académicos, entonces, varias trampas acechan. Además del techo de cristal y el piso pegajoso, detectamos barreras internas, barreras externas, segregación horizontal, segregación vertical, desigualdad salarial y minorización. Podríamos mencionar otras, pero son las que aparecen más frecuentemente en el relato de las mujeres científicas.

Barreras internas: fundamentalmente la falta de modelos de identificación, que refuerza el estereotipo con respecto al rol de género. La mayoría de las científicas atribuye su inspiración para la carrera y su decisión vocacional a maestros varones, dado que pocas veces tuvieron la oportunidad de conformar equipos de investigación con mujeres. Esto sólo les está ocurriendo a las científicas más jóvenes. Hacer ciencia, entonces, es hacerla como sus maestros... varones. No es extraña entonces la negativa ante la pregunta de si hay una ciencia de mujeres. Dicen invariablemente que no, la ciencia que ellas hacen es igual a la de sus maestros y colegas. Todavía es difícil medir cómo va a operar la mayor cantidad de mujeres en ciencia, su promoción a través de medidas de acción afirmativa, y el reforzamiento de su autoridad epistémica a través de la habilitación de líneas de investigación propias. Es un futuro próximo que habrá que seguir con atención.

Barreras externas: las mujeres científicas asumen los valores masculinos en el mundo laboral y apenas describen como un hecho la desigual distribución del trabajo doméstico. Es notable cómo declina el espíritu crítico en este orden, atribuyéndose al modo en que está organizada la sociedad las obligaciones referidas al trabajo reproductivo y maternal. Seguramente es un conflicto que se prefiere eludir, el de discutir dentro de la pareja (muchas veces conformada por otro científico) el reparto de roles domésticos que implican para los ideales de la ciencia el costo de un abandono de las tareas específicas de todo investigador. Y esto no sólo por la realización de las tareas, sino por el mero hecho de tener otras preocupaciones en mente. Esto es relevante porque aún cuando las mujeres encuentran a veces reemplazo en la ejecución, la

administración, las **decisiones** y el **control** del trabajo doméstico siguen quedando a su cargo.

Segregación vertical: La segregación vertical refleja las barreras que presenta el modo de organización de la comunidad científica para que las mujeres accedan a los puestos de mayor responsabilidad. Todos los trabajos cuantitativos refieren explícitamente la meseta en el progreso de las mujeres, generalmente en el nivel en el que adquirirían autonomía y cuando su trabajo ya no estaría al servicio de un proyecto dirigido por otro científico. Las mujeres tienen menos direcciones de proyectos, menos subsidios y por montos menores. Si bien participan en comités de evaluación, no lo hacen en los de distribución de subsidios. Escasas veces en niveles de decisión institucional y casi nunca en instancias de decisión de política científica. Esta ausencia sistemática, sin embargo, es justificada a veces diciendo que tienen poco tiempo para participar en estos comités. La escasez de tiempo, por supuesto, tiene relación con las obligaciones domésticas. Pero la segregación es vista como decisión propia, como una preferencia personal por estar disponibles para la familia, y no como una barrera sexista.

Segregación horizontal: La segregación horizontal se refiere al mantenimiento de una división en el mercado laboral en virtud de la cual las mujeres se concentran mayoritariamente en unos sectores de actividad que tienen menor consideración social y, en general, peores condiciones de trabajo. Así, tareas periféricas y monótonas, de medición, registro y cuidado, tareas docentes de contacto directo con los estudiantes con mucha obligación de corrección de trabajos y dictado de clases, quedan a cargo de mujeres con el argumento de que son “más prolijas, más pacientes y más cuidadosas”, argumento que ellas mismas aceptan para justificar su situación. Dos relatos muy impactantes son el de una química que se retiraba mucho después que sus compañeros varones del laboratorio, porque debía limpiar los instrumentos. Es decir, la tarea de limpieza no se discutía a quién le correspondía, aunque nada tuviera que ver con la preparación intelectual de los científicos. Otro ejemplo es el de una física-matemática, que en su juventud se quedaba por las noches en una central atómica cambiando el hielo seco que permitía controlar la temperatura del reactor nuclear, porque sus compañeros varones “tenían familia” y debían volver a su casa. Por supuesto, cuando fue entrevistada a los 70 años, la tecnología de enfriamiento había evolucionado, pero ella nunca había construido una familia y vivía sola.

Desigualdad salarial: Aunque es un tópico demostrado internacionalmente el hecho de que las mujeres, con igual formación y por iguales tareas, ganan aproximadamente un 30% menos que los varones, en la ciencia esto suele quedar encubierto por las categorías de investigación. Es que el resultado es en verdad indirecto. Las mujeres permanecen en general más tiempo en cada categoría, tardan más en ser promovidas que los varones, y así en pocos años pasan a estar en categorías inferiores a ellos y por lo tanto a ganar menos aunque tengan formaciones parejas. La misma dificultad para la promoción, es pensada por las mujeres como un escollo individual que nada tiene que ver con las diferencias de género (“hay pocas becas”, “hay poco presupuesto”, “debe haber habido mejores candidatos en este llamado”). Esta brecha salarial hace más difícil también contar con ayuda doméstica para atender tareas de cuidado, con lo que la posibilidad de abandono de la carrera es mayor.

Minorización: Por algún extraño motivo, aún cuando las mujeres alcancemos lugares excepcionales en el sistema de conocimiento, muchos varones nos seguirán tratando

como menores de edad perpetuas (modo en que, por cierto, nos trataba el código civil en Argentina hasta mediados del siglo XX, en que salimos de la categoría de “incapaces”: incapaces de votar, incapaces de administrar nuestra fortuna, incapaces de ser testigos en un juicio, etc.). Dos relatos pueden darnos una idea de la barrera que intento describir.

(i) La primera mujer Decana de una Facultad (Farmacia y Bioquímica) en la Universidad de Buenos Aires, refiere que en su primera reunión con el resto de los decanos debían sortear un cargo, y le pidieron que como era mujer sacara los papелitos de la cajita en el sorteo. Algo así como la ayudante del mago, mientras ellos eran los dueños de la galera y del conejo.

(ii) El colegio secundario dependiente de la Universidad, el Nacional Buenos Aires, sólo aceptó mujeres en la década del '60. Cuando otro colegio dependiente de la Universidad de Córdoba deliberó hace pocos años sobre si incorporar o no mujeres, el Rector del Buenos Aires publicó una nota de opinión en un diario diciendo que su institución también había discutido sobre si incorporar o no mujeres, pero que por suerte lo había hecho porque hoy ellas “alegraban los patios con sus risas”. Debo decir que en el colegio Monserrat de la Universidad de Córdoba, las mujeres acapararon los mejores promedios. Porque la naturaleza nos ha bendecido con algo: podemos ser brillantes y reírnos al mismo tiempo.

Vemos que aunque las mujeres seamos aceptadas en las instituciones académicas y científicas, queda todavía el desafío de no travestizarnos intelectualmente como precio de la inclusión, el desafío de afirmar nuestro modo de ver el mundo e interpretarlo para poder hacer aportes valiosos a la ciencia, y el desafío de romper los estereotipos que indican que las cualidades que portamos las mujeres son sistemáticamente inferiores. Fortalecer la autoridad epistémica de las mujeres, no permitir que nuestras exigencias de igualdad se interpreten como un empobrecimiento de las exigencias de la ciencia, como una pérdida de calidad del conocimiento, porque esto significaría dejar sin discutir el núcleo ideológico más duro del sistema patriarcal: la identificación de diferencia con jerarquía.

Creo, para finalizar, que el mayor desafío con el que nos tropezamos es la negativa de las propias mujeres a interpretar las barreras en sus carreras científicas como obstáculos vinculados a su condición de mujeres, y subsecuentemente su negativa cerrada a pensar que podría haber medidas especiales para la incorporación o promoción de las mujeres en la ciencia. Esta doble negativa asegura la continuidad del sistema dominante de género, porque de tener oportunidades de progreso, estas mujeres las atribuyen a sus propias cualidades en un sistema neutral, y no les genera ninguna solidaridad especial hacia otras mujeres. Por el contrario, refuerza la presunta neutralidad del sistema.

En las entrevistas realizadas, esto se advierte al solicitar un mensaje a las científicas que inician su carrera. La respuesta es que con esfuerzo se llega, que no claudiquen aunque pierdan las fuerzas, que no se dejen vencer por los requerimientos de la maternidad. Es decir, a las mujeres se nos exigen conductas heroicas para hacer carreras normales. Y a veces nos lo exigen las propias colegas mujeres.

Como tan bellamente decía Marcela Lagarde reflexionando sobre la ética y los liderazgos de mujeres: “Deseamos liderazgos entrañables, asertivos, coaligados y comprometidos, con incidencia, apoyados y sustentados, democráticos, locales y globales. Deseamos que cada vez más mujeres con conciencia feminista ocupemos espacios y posiciones para avanzar. Deseamos hacer política e intervención si, pero diferentes: desde cada una, desde una misma, con las otras mujeres. Entonces si ejerceremos liderazgos entrañables y potenciaremos nuestro poderío” (12).

-
- (1) Arranz Lozano, Fátima “Las mujeres y la universidad española: estructuras de dominación y posición de las mujeres en el profesorado universitario” y Maffía, Diana “Comentario al artículo “Las mujeres y la universidad española: estructuras de dominación y posición de las mujeres en el profesorado universitario”, de Fátima Arranz Lozano”, en Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos N° 5, Género, Trabajo y Familia, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, Buenos Aires, abril de 2004. ISSN 1666-244X
- (2) Cf S. Kochen, A. Franchi y D. Maffía, (2001) “La situación de las mujeres en el sector científico-tecnológico en América Latina. Principales indicadores de género”, en Eulalia Pérez Sedeño (ed) Las mujeres en el sistema de Ciencia y Tecnología. Estudios de casos . Madrid, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- (3) Ver <http://www.ragcyt.org.ar/>
- (4) Maffía, Diana (1998) “Género y ciencia en Argentina”, en Rodríguez, M. Staubli, D. y Gómez, P. Mujeres en los '90, volumen II. Buenos Aires, Centro Municipal de la Mujer de Vicente López.
- (5) Atrio, J., Kochen, S., Franchi, A. y Maffía, D. (2003) “Análisis diferenciado por sexos en el acceso al programa de becas del Conicet, 2001-2002”. Ponencia presentada en el II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. Universidad Nacional de Salta. (6) Quintanilla, Miguel Ángel, “Mujeres y Ciencia: discriminación y excelencia”, El País, sección Futuro, 21/03/07(7) Arranz Lozano, Fátima, op.cit.
- (8) Magallón Portolés, Carmen (1998), Pioneras españolas en las ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (9) Maffía, D. (2002) “Crítica Feminista à Ciência”, en Ana Alice Alcántara Costa y Cecilia María Bacellar Sardenberg (Org.) Feminismo, Ciência e Tecnologia, Salvador, Bahía, Núcleo de estudios interdisciplinarios sobre la mujer y relaciones de género, Universidad Federal da Bahía.
- (10) Testimonio de la Dra. Gloria Dubner, en “Las mujeres en la ciencia argentina, algunos testimonios”, video realizado por la RAGCyT (Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología) en 1995, para la IV Conferencia Internacional de la Mujer en Beijing.
- (11) Burin, Mabel, Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y Salud Mental, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987(12) Lagarde, Marcela, “Nueva ética para nuevos liderazgos: El feminismo y la mirada entre mujeres”, en Seminario Internacional sobre Liderazgo y Dirección para Mujeres “Poder y empoderamiento de las mujeres”, Valencia, 2 y 3 de abril de 2003